

La irrupción de la mujer en el ámbito público

Por SARA VÁZQUEZ

Dignidad de la mujer

En primer lugar, se hace necesario decir que los derechos de la mujer son parte integral, insuperable e indivisible de todos los derechos humanos.

La mujer es la responsable de la vida y es ella precisamente quien más sufre las consecuencias de la cultura de la muerte que se manifiesta por la violencia, la guerra, la desintegración familiar, el terrorismo y la corrupción de nuestros días. La mujer posee el secreto de cómo recibir, alimentar, proteger y dar a luz la vida.

La mujer es el ser destinado a la vida, en oposición a lo que está enfrentando el mundo a principios del Milenio. La mujer es una criatura con un espacio interior para recibir y proteger la vida, hacer que crezca y darla al mundo. Hablar de la vida desde el punto de vista de Dios, es hablar del Espíritu Santo a quien nos referimos en el Credo como “el dador de vida”.

La mujer tiene la vocación de ser la memoria de la humanidad y de concebir el futuro. Por siglos, la mujer ha guardado en su corazón, ha acumulado y transmitido tradiciones y sabidurías a sus hijos, pero sobre todo, ha sido la que ayuda a tener fe en la vida.

Es importante que la mujer continúe cultivando las raíces que alimentan toda la sociedad y la cultura para que las nuevas generaciones puedan crecer hacia el futuro sin perder su identidad y sin llegar a sentirse desarraigadas.

La humanidad por lo tanto, tiene necesidad de las mujeres, para poder aprender y entender cómo amar. La vocación de la mujer es ayudar a crear el ambiente apropiado para el desarrollo y para promover las relaciones humanas; ella tiene la capacidad para alcanzar la reconciliación mediante el diálogo continuo.

Podemos comprender nuestra dignidad como mujeres si reconocemos que en el mundo entero hay una gran necesidad del aporte específico de las mujeres en todas las áreas: en la economía, en la política, en las ciencias, en los servicios sociales, en la educación... también en la Iglesia.

Panorámica sobre la situación de la mujer cubana a partir de 1959.

Al triunfo de la Revolución, sólo el 12-15% de la población económicamente activa de Cuba eran mujeres. Trabajaban mayoritariamente como maestras, enfermeras, “criadas”, como se llamaba a las empleadas domésticas.

Las mujeres profesionales eran una destacada excepción. La prostitución estaba notablemente extendida. En 1959, en un país de 6 millones de personas había entre 90 y 100 mil prostitutas, el 95% de ellas eran de origen campesino.

Para que la vida de las mujeres cambiara, lo primero era que estudiaran, que trabajaran, tener posibilidades, oportunidades. Los círculos infantiles, para cuidar a los hijos de las que abrían por primera vez las puertas de su casa y salían a trabajar y a estudiar, fueron las primeras piedras en el edificio del cambio. Veinte años después, en 1980, la vida de las cubanas ya había cambiado notablemente: estaban masivamente presentes en la sociedad y en el mundo del trabajo, con educación y con capacidad de decisión sobre el número de sus hijos.

Entre 1960 y 1980, la fuerza de trabajo femenina se duplicó y la fecundidad se redujo en poco más de la mitad, después del aumento en la natalidad que hubo entre 1961-1964, desde

los años 70 comenzó el descenso. En 1981, cerca del 60% de las mujeres de ciudad 20-45 años trabajaban fuera de su casa. En el campo este indicador fue mayor en tiempos relativos.

Entre 1970 y 1981, la proporción de mujeres de ciudad en edad fértil que ya tenían un nivel medio de instrucción se duplicó del 30 al 61%. En las zonas rurales se triplicó superando el 30%.

Comenzaba ya entonces a hacerse ostensible la doble jornada de las mujeres, agudizada por su vertiginosa integración social y por las escasas facilidades de que disponían para aliviar las tareas caseras. La doble jornada se señala ya en estos años como un problema para enfrentarlo o para aceptarlo con resignación.

El tema de la doble jornada de la mujer que trabaja fuera del hogar y antes de salir de la casa o al volver a ella tiene que lavar, planchar, cocinar, limpiar y encargarse de los hijos aparece con fuerza en cualquier análisis sobre la actuación de las mujeres. La jornada pagada y la que ni se paga ni se valora dejan caer su peso sobre cientos de millones de mujeres en todo el mundo. Una encuesta de 1988 mostró que el 81% de los hogares de un municipio urbano de La Habana, en el 83% de un barrio suburbano de Cienfuegos y en casi el 96% de los de una zona de Oriente, las mujeres seguían realizando ellas solas todos los trabajos domésticos. Ya desde los años 60, lo más característico en Cuba no ha sido la doble, sino la triple jornada: jornada doméstica, laboral y comunitaria, las que exigían los valiosos, significativos y múltiples compromisos de cualquier índole. Sin abandonar ninguna responsabilidad, las mujeres se cargaron de nuevas responsabilidades, todas se vieron involucradas en diferentes tareas para ayudar a la comunidad.

Jefas de hogar

Una tercera parte de los hogares del planeta tienen al frente a una mujer sola madre soltera, viuda, separada o divorciada. En Cuba el porcentaje es algo más alto, entre el 33 y el 40% según los datos. A diferencia de lo que sucede en los países latinoamericanos, no es sólo la irresponsabilidad masculina o la miseria y la inestabilidad laboral lo que está detrás de la cifra de hogares liderados por mujeres.

En Cuba se explica también, y sobre todo, por la independencia económica y educativa alcanzada por las mujeres, por el aumento de su esperanza de vida y por las facilidades que existen para que obtengan el divorcio. También se explica porque las mujeres más cultas priorizan las relaciones basadas en el afecto. Ya en 1987, por cada 5 mujeres casadas entre 15 y 49 años, 4 estaban conviviendo anteriormente.

En el mundo del trabajo

En este punto, quisiera detenerme para hablar un poco más acerca del valor humano que tiene el trabajo. Tal vez no tenga mucho sentido para algunos en el mundo en que vivimos hoy, pero como todos sabemos, ya que es una actividad humana, el trabajo debe tener un significado y por consiguiente una espiritualidad.

Tenemos que ser cuidadosos al mencionar que la espiritualidad del trabajo no nos exonera del compromiso de que las mejores condiciones de trabajo prevalezcan, y cito textualmente: **“El mensaje cristiano no desvía a los hombres de construir el mundo y no los incita a perder interés en la suerte de sus compañeros: al contrario, hace de éste un deber más urgente”... (Laborem Exercens, n. 25).**

Trabajar es obligación de todos. No existen excepciones... el de los niños...aprender, conocer; el de los jóvenes..., ya tienen una meta más clara, prepararse para un empleo que les permita el acceso a un trabajo bien remunerado. En el caso específico de la mujer, es importante, dignificarla cualquiera que sea su función. No podemos perder de vista que todavía existen mujeres que ante la pregunta ¿en qué trabajas?, responden... “Sólo me ocupo de mi familia, de mis hijos, de mis parientes enfermos, de una asociación”. ¿Significa esto ignorar la importancia de este trabajo de cuidar y educar?

Cuando el trabajo ya no refleja la dignidad del hombre y de la mujer, cuando estos lo destruyen o degradan, ya no es más un trabajo humano; el trabajo requiere solidaridad entre todos y con todos. Así vemos entonces que en los años 80, la participación de las mujeres en el mundo del trabajo era una realidad constatable por cualquiera.

Estaban presentes en las áreas de la economía y una de cada tres mujeres era ya técnica o profesional, una cifra muy destacable en el ámbito latinoamericano. Más de 10 años después, el 60% de los técnicos, profesionales y científicos del país eran mujeres. Las hay en todos los campos: médicas, ingenieras, mineras, geólogas, economistas, biotecnólogas... La preparación profesional fue muy alta y abarcó a miles y miles. Pero eso no basta. Trabajaban pero no se aprovechaba todo lo que habían aprendido. Trabajaban, pero no dirigían. Trabajaban pero seguían siendo "inferiores".

Tomemos por ejemplo la industria textil. Según datos, el 98% de la fuerza laboral eran en aquel entonces mujeres, pero todos los jefes eran hombres. Ya entonces eran muchos los casos de muchachas que no querían elegir carreras, seguras de que las pondrían a trabajar en tareas que nada tendrían que ver con lo que habían estudiado. Cabe entonces preguntarse: "¿Cómo es posible que en centros de trabajo cuya composición laboral es mayoritariamente femenina, todos los jefes, o casi todos, sean frecuentemente hombres?"

En la mayoría de los casos existía un sentimiento de frustración al ver que los varones estaban en trabajos vinculados con su perfil profesional, mientras que para las mujeres, la ingeniería había quedado sólo en los papeles.

En el Ministerio de la Industria Azucarera, por ejemplo, había 1378 trabajadores, 769 hombres y 609 mujeres; los 6 viceministros eran hombres, los 32 directores eran hombres y entre los 108 jefes de departamento, 96 eran hombres y sólo 12 eran mujeres.

Muchas mujeres han dejado de trabajar definitivamente para enfrentar la crisis en el hogar donde les toca "inventar" el desayuno, el almuerzo y la comida; hacer colas interminables para comprar lo que hay y cuando lo hay, administrar la escasez, cuidar con menos recursos a enfermos o impedidos, etc.

Y muchas de las que siguen trabajando pueden hacerlo porque otra mujer -madre, abuela, hermana- les ayuda en la casa pero con altas cuotas de sacrificio personal, porque la doble y triple jornada se ha hecho más dura y complicada. Es por eso que hoy en día, cuando le ofrecen a una mujer un cargo de responsabilidad, no lo acepta ni de juego, se sienten agobiadas y eluden todo tipo de carga adicional.

Por otra parte, el ajuste económico cubano también ha provocado desempleo estructural. Como en otros países, son muchas las fábricas y aunque esta afectación no es muy notoria en las áreas de salud y educación porque siempre han sido mayoritarias, existen muchas desempleadas que pertenecen en su mayoría a la Industria Ligera. Poseo testimonios de cómo y por qué surgieron las asociaciones en Suchel.

En el caso de las más empobrecidas, uno de los cambios económicos al no poder garantizar empleo a la población en edad laboral, fue la autorización del trabajo por cuenta propia, reglamentado en exceso y con continuas oscilaciones a lo largo de los últimos años.

En febrero del 97 se calculaba que el 30% de los cuentapropistas eran mujeres. Se establecieron, además, altos impuestos a quienes alquilaban alguna habitación de su casa a turistas, la mayoría eran mujeres y muchas, mujeres solas.

De igual manera, otro fenómeno que no podemos dejar de tocar en esta realidad actual, como expresión de crisis de valores morales, es el caso de las *jinetas*, protagonistas de una muy peculiar estrategia de sobrevivencia en lo que ellas -a diferencia de otras latinoamericanas, mantienen el control de la situación-, *jinetean* al turista, al extranjero, buscando en este "trabajo, además de dinero para la familia e incluso para otros en el barrio, una aventura romántica, la tijera con la que cortar la rutina y las carencias, o la posibilidad de ingresar a hoteles, discotecas, playas y lujos que, de otra manera, no podrían disfrutar.

La comunidad no siempre rechaza a las *jineteras* y no sólo las tolera, sino que a veces las respalda y hasta las admira. Ellas mismas tienen una autoestima muy elevada.

Teniendo en cuenta lo anteriormente expresado, podemos hacer una breve caracterización de las mujeres que enfrentan estas dificultades, tales como:

- . **Vacía:** Sin esperanza, sin perspectivas ni oportunidades, en muchos casos demostrando que ignoran su propia dignidad.

- . **Desorientada:** Sin saber que pueden participar en la vida de otro ser humano, tomando parte de todo cuanto se dice en orden a él.

- . **Sin valores:** Con esta situación de desesperanza antes mencionada que en muchos casos opta por soluciones nada éticas o ajenas a la idiosincrasia de nuestro pueblo, con una concepción de liberación de la mujer centrada en la igualdad con el quehacer del hombre, con la consecuente pérdida de su identidad como criatura de Dios.

- . **Con un comportamiento social:** Que no refleja su verdadera situación y que se presenta como un gran desafío, para que cada mujer pueda recuperar y profundizar en su vida interior las crecientes y exigentes actividades en el mundo exterior acorde con su compromiso de ser verdaderamente útil a la sociedad.

- . **Con carencias materiales:** Que la llevan a una sobrecarga familiar, a sentirse atormentada por el peso de la vida y a optar por soluciones que atentan, en muchos casos, contra su propia vida.

La situación que presenta la mujer en la actualidad no es un problema secundario ni periférico, es un problema a resolver para la construcción de la nueva sociedad en nuestro caminar hacia el Reino.

Los Obispos de Puebla nos han enseñado, en relación con el rol insustituible de la mujer, que debe tenerse siempre presente en todo su quehacer, y cito:

“La mujer debe estar presente en las realidades temporales, aportando su propio ser de mujer para participar con el hombre en la transformación de la sociedad: el valor del trabajo en la mujer no debe ser solamente satisfacción de necesidades económicas, sino instrumento de personalización y construcción de la nueva sociedad” (Documentos, n, 662)

(Tomado de Ciclo de conferencias. Algunas cuestiones de actualidad en la sociedad cubana).